

ROMANCES

DE LA GUERRA EN

Estos son los romances que cantan las mujeres de El Garb, y las de las Montañas y Er Ríf, y las moras que recogen la tarde en las terrazas altas de Tetuán. Son canciones de guerra para los hombres que vienen a España, canciones que resuenan legítimas dentro de nuestro corazón y que serán un día romances del Imperio.

El poeta Luis Antonio de Vega, ha escrito la versión de estas canciones que recogerá en un libro próximo. Una misma hora conmovió nuestros campos, y a una misma hora nuestras mujeres y las mujeres de África echáronse a sentir el Gran Suceso de la guerra. Y ved ahora qué estremecimientos arranca el Gran Suceso a las moras de Er Ríf y de Tetuán. Luis Antonio de Vega vió nacer la canción:

«El verso y la flor nacen, en Tetuán, en la terraza. Un día una muchacha reúne a sus amigas. Hay un vuelo de castaños por las azoteas... La hierbabuena se mezcla con el té, y alguna esclava sube cargada con derbukas y panderos.

Las sombras se hacen afiladas y largas, y una mora, inventa letra y música de la primera estrofa.

Las amigas—manos y pies desnudos, pintados con arjeña—escuchan atentamente. Luego, todas, pulen el verso, prolongan una nota o quiebran el giro musical.

Y así, cada muchacha, se lleva en los labios la nueva canción. Y al siguiente día, en Tetuán atardece con un nuevo verso, que salta de azotea en azotea.

Y a veces se lo llevan a Arcila y a Xauen y a Larache los autobuses rojos que salen de la plaza de Muley el Mehdi. Y toda la costa y toda la montaña aprenden el verso que nació en Tetuán, el verso que nadie se toma el trabajo de escribir.

Pero Tetuán tiene sus güelfas y sus gibelinas entre las muchachas que componen canciones cuando las horas son deliciosamente pálidas. Una canción nacida en el barrio del Aiun—el barrio de las fuentes numerosas—puede dar toda la vuelta al Imperio, pero jamás será cantada por las muchachas del barrio del Belad—el barrio donde los ricos mercaderes guardan a sus esposas en primorosos patios—; y lo mismo sucede con la canción que estas últimas componen y que jamás será cantada por las jóvenes del Aiun.

Rivalidad poética cuyo origen se desconoce.

Las muchachas del Aiun dicen: «Esas mujeres del Belad apoyan las cabezas en cojines de seda y plumas suaves. Sus maridos

son fokahas y ulemas, y cada una tiene dos esclavas para que le pinte en arjeña manos y pies.

Esas mujeres del Belad no saben lo que es ir a la fuente con un ánfora en la cadera; ni lo que es recibir el sol, molido en oro, sobre la nuca, cuando se tienden los castaños en las azoteas.

Esas mujeres de Belad podrían tirar por la ventana un puñado de sus horas cada día.

Esas mujeres del Belad lo tienen todo, menos gracia para inventar una canción. Eso no lo digo yo, lo saben todas las palmeras del Imperio.

Cuando se trata de cantar, el aire viene al Aiun y nosotras le enseñamos lo que las mujeres del Belad no saben. En el Aiun vivimos las muchachas con los ojos y los cabellos más largos y los tobillos más redondos. Preguntádselo a todas las casamenteras de Tetuán. Y las que más bellas canciones han compuesto. Preguntádselo al aire, que lo sabe.»

Y las mujeres de El Belad responden:

«Si no se cuidan ni los pies ni las manos, ¿cómo quieres que cuiden la canción? Sus esteras son de esparto y de esparto los versos que componen. Nadie que se respete cantaría un cantar nacido en las terrazas del Aiun.

Nosotras escribimos la música y la letra en nuestros patios, y a un verso nacido en El Belad se le conoce porque va perfumado con agua de naranjas y lleva pintadas las uñas con arjeña.

Si andan siempre de prisa, ¿cómo quieres que tengan reposo para la canción?

Las cabileñas cantan con el río y sus cantares son azules. Las de las mujeres del Aiun tienen el color sucio de las coladas que hacen, en común, en las azoteas.

Los pájaros huyen con fastidio del Aiun. Las horas rondan las almohadas del Belad y el tiempo se hace un ovillo y se detiene ante nuestras babuchas de terciopelo bordado.

¡Hermanas, traed los violines y las derbukas y los panderos, que yo soy Nkinchaa, hija de Feton, la que inventaba canciones de esmeralda!»

En esta lid de líricos alardes que las mujeres de Tetuán suscitan en sus terrazas y azoteas, nacieron los romances marroquíes de la guerra de España. Bienaventurado el aire que nos trajo esta voz:

Este es un romance de guerra que cantan las muchachas de El Ríf:

«Me vió asomada en la tapia del huerto. Y desde entonces, todas las tardes salía por Bab el Okla sobre su mula empenachada, como si fuera un notario con barba de alcanfor.

Pero ni es notario, ni es adul, ni apenas si le ha nacido el bozo.

Su nombre lo saben las garzas y las campesinas que van por el camino de Tetuán con las jumentas cargadas con ramas de madroños.

Yo, cada tarde, subida en el tronco oloroso del naranjo, cuando él pasa montado en su mula, imito el «char char» de las cigarras.

El mira las naranjas y suspira.

Pero ayer se acercó a la tapia de mi huerto y me dijo:

Mañana, en el carro que vuela, me voy a España. Si a mi regreso oigo el canto de la cigarra sobre el tronco oloroso del naranjo, mi madre visitará a la tuya.

Pero si tus coqueterías me han de hacer morir un poco cada día, resúmelas en una sola.

Toma y carga el fusil que llevo a Franco.

Aquí tienes la pólvora y aquí las balas.

Apúntame y dispara; pero ten cuidado de no hacer diana en mi frente, porque mi frente está llena de tu imagen y, al matarme a mí, te matarías.

Ten cuidado de no hacer diana en mi corazón, porque mi corazón está lleno del tuyo, y sería tu propio corazón el traspasado.

¡Ay, amigas! Yo no cogí el fusil, pero imité el «char char» de la cigarra.»

